

LOS QUE HOY VIVIMOS, CON SU LENGUA HABLAMOS¹ ...

Marlen Aurora Domínguez Hernández*
Universidad de La Habana

[...] el lenguaje rompe su viejo parentesco con las cosas para penetrar en esta soberanía solitaria de la que ya no saldrá sino convertido en literatura.

MICHEL FOUCAULT

PALABRAS CLAVE: LENGUA, LITERATURA, *QUIJOTE*, FICCIÓN, LINGÜÍSTICA

En los tianguis de artesanía de Guanajuato, topónimo cuyo significado en lengua purépecha es *cerro de las ranas*, entre los indios que no saben de letras y acaso ni de español, se puede encontrar un Quijote acucillado, hecho de tuercas y arandelas, que lee eternamente su libro de fierro. Y es que el *Quijote* es un tema inagotable. Por eso, el 400 aniversario de su publicación nos permite acercarnos a la obra desde el punto de vista de lo que constituye para nosotros su novedad troncal, y en principio lo convierte en la novela paradigmática de nuestra cultura: la lengua.

El instrumento expresivo del cual dispone Cervantes, a finales del siglo XVI, ha alcanzado un estadio de desarrollo determinado por la puja entre normas, por la flexibilidad que le proporciona el ejercicio literario, por el peso regulador de la imprenta y por la función política que está llamado a cumplir en el ámbito nacional e

¹ La frase que da título al trabajo la expresó José Martí en relación con Francisco de Quevedo, de quien juzgó que “ahondó tanto en lo que venía”, que “los que hoy vivimos, con su lengua hablamos” (1975: 125). Consideramos que la proyección de la lengua del *Quijote* hacia la obra creativa de nuestros tiempos nos permite apropiarnos de la frase para adjudicarla a Cervantes.

* marlen@fayl.uh.cu

internacional. Se ha desarrollado aceleradamente la “conciencia lingüística de los hablantes”,² y se van imponiendo los criterios de *corrección* y *corrupción* idiomáticas, con los cuales avanza la estigmatización o prestigio de ciertos usos, y la profundización de las diferencias entre las variedades sociolectales.

De estas tendencias se deriva naturalmente el interés por la reflexión sobre la lengua, de donde resultan tratados, gramáticas, ortografías, y que se resuelve en el caso del *Quijote* en los numerosos pasajes metalingüísticos dedicados a la búsqueda del *buen decir*.

La marca cervantina en la cronología de la lengua española se refiere, precisamente, a la capacidad de fijar en su novela el grado de madurez al que ha llegado ese idioma, y hacerlo teniendo en cuenta el diapasón de los diferentes estratos socioculturales, la lengua escrita de la literatura y el coloquio oral. Su representación, entonces, no se agota en lo normativamente correcto según la prescriptiva, sino que toca el uso común y lo literaturiza: todos los personajes conservan su voz, y se advierten las adecuaciones a las situaciones comunicativas.

En ese proceso de representación resultan rasgos delimitadores de estratos la selección de los vocablos, las formas de tratamiento, el volumen de paremias, la presencia o ausencia de estructuras hiperbáticas, etcétera. Pero, en consonancia con la dinámica de la novela, el gradual acercamiento de los modos antagónicos representados arquetípicamente por don Quijote y Sancho transcurre por un cauce lingüístico, en una transmutación que resulta en convivencias inusitadas, transiciones entre términos polares, neutralizaciones,³ y que hacen de la obra un producto intertextual y polifónico, y diría que pancrónico y pantópico.

De esta visión ecuménica resulta la grandeza de Cervantes, su condición de fuente permanente y renovable por su “inagotable aptitud de cambio” y sus “ilimitadas posibilidades de profundización”,⁴ que lo sacan de su época y su sentido original⁵ y lo lanzan a las múltiples versiones y reinversiones que ha provocado, y sigue provocando, entre nuestros contemporáneos.

Una de las más fecundas estudiosas cubanas de Cervantes del siglo XX, Mirta Aguirre, considera que una producción literaria es imperecedera si “permite a cada época y aun a cada individuo una nueva y fructífera asimilación”.⁶ En la

² Lapesa, 1981: 391.

³ Blanco, 1980: 276.

⁴ Aguirre, 1971: 14.

⁵ Como comenta J.J. Remos (en Gayol, 1980: 258).

⁶ 1971: 14.

historia de la cultura cubana,⁷ se cuenta con numerosos trabajos de crítica y ensayo que son muestra de cómo esa aptitud del *Quijote* se ha desarrollado entre nosotros. Igualmente, algunos han recreado la obra a través de la ficción.

Mi objetivo es comentar, a título de ejemplos, muestras de estos últimos, y hacerlo desde la perspectiva de la mímesis lingüística. Se trata de analizar si la ficción lingüística se remite sólo a lo formal, qué rasgos se toman como representativos, qué grado de fidelidad con el modelo guardan las versiones; si se recoge también el ideal del lenguaje quijotesco; qué funcionalidad estilística tienen estos ejercicios y, finalmente, si hay aspectos constantes retomados por unos y otros autores.

Antes de revisar cualquier autor de ficción, es importante dejar anotado que el habla común cubana de hoy revela rasgos de parentesco cercano con el léxico y los fraseologismos del *Quijote*; es decir, la pervivencia de modos de la lengua quijotesca no está solo en la ficción, sino en la propia vida.⁸

Podemos hallar evidencia de ello en el glosario explicativo, recogido en la última edición del *Quijote* realizada por la Real Academia Española (RAE). Dicha recopilación tiene como objetivo aclarar aquellas palabras que se consideran “difíciles de entender” para un lector español contemporáneo, debido a que ya no se emplean en la Península, o las que “respondan a usos particulares de la lengua cervantina”,⁹ rasgos individuales del estilo de autor.

De las palabras que se recogen allí sin marcas, muchas se conservan en Cuba, como *catarro*, *cartapacio*, o *despecho*, por citar las primeras que se nos presentan a la vista. Asimismo, de las indicadas en cuanto a su vitalidad como arcaísmos, o neologismos de la obra o la época, como es el caso de: *a(l) cabo* de ‘después de’, *peje* ‘pez’, *tantico* ‘poco’ o *villanería* ‘villanía, bajeza’ algunas se mantienen con mayor o menor frecuencia en el uso cubano.

Otro tanto sucede con préstamos de otras lenguas como *acíbar* ‘jugo, muy amargo, del áloe’, *alferecía* ‘enfermedad parecida a la epilepsia’, o *a trochemoche* ‘sin orden ni concierto’.

⁷ El doctor José A. Baujín, profesor de la Facultad de Artes y Letras de la Universidad de La Habana, ha dirigido un equipo de trabajo integrado por Julián Ramil, Leonardo Sarriá y Haydeé Arango, que ha estudiado detenidamente la presencia del *Quijote* tanto en la literatura como en las artes plásticas y otras formas de expresión cultural cubanas.

⁸ No afirmo que estas formas conservadas sean exclusivas de Cuba, sino únicamente que muchas de ellas se presentan en nuestro país, con una frecuencia relativamente alta.

⁹ *Diccionario de la Real Academia Española* (RAE), 2004: 1157.

Se conservan vocablos o expresiones que se indican allí con marcas sociolectales de germanía: *canario* ‘reo que confesaba en el tormento’, populares: *canalla* ‘gente baja, ruin’, *tripas* ‘vísceras’, o estilísticas como los eufemismos *dar el alma* ‘morir’, o *apalea* ‘dar golpes con un palo’.

El área más productiva en coincidencias son las frases proverbiales: *caerse las alas del corazón* ‘quedarse alicaído, cabizbajo’, *a pedir de boca* ‘según lo que se precise y quiera’, *andar en boca de* ‘ser objeto de lo que se habla o se dice’ y otras muchas como *arrancarse el alma*, *dar el alma*, *llegar al alma*, *como anillo al dedo*, *a pedir de boca*, *a brazo partido*, *como una bendición*, *conocer como si lo hubiera parido*, *salir de sus casillas* e incluso algunos de los refranes, como *quien a buen árbol se arrima...*; *el buey suelto bien se lame*, etcétera.

En cambio, son más escasas las consideradas *deturpaciones* del lenguaje, del tipo de *zonzorino*, prevaricación de *ensorino*, de donde nos queda *zonzo*.

Algunas de las voces conservadas han llegado a ser parte del registro culto o de tecnolectos en la variante cubana del español: *acreditar*, *albricias*, *alevosía*, *choquezuela*, *colegir*; otras son rústicas, populares o vulgares: *abajar*, *cerrero*, *acelerado*, *alborotado*, *coco*.

Algunas de estas formas se conservan tal cual se refieren en la época cervantina; otras reflejan cambios formales de mayor o menor magnitud: *aguachirle* expresión popular por *agua chirre*, *caerse las al(it)as del corazón*, *medias (calzas)*, *cos(it)a de nada*, *hecho (a)l(h)eña*; ¹⁰ y en otros casos se advierten cambios semánticos: *arenga* (cambio de valoración, es peyorativo en el uso común), *canilla* (restricción y cambio de valoración), ¹¹ *búcaro* (restricción, de *vasija* hecha de cierta arcilla ¹² a ‘florero’), *camino real* (restricción y cambio de valoración). ¹³

Algunos de los vocablos y expresiones conservados están en proceso de obsolescencia, y solo se mantienen entre los grupos de mayor edad, como *bellaco* o *chinela*.

¹⁰ Acaso etimología popular.

¹¹ Marcado en el *Diccionario de la Real Academia de la Lengua* (DRAE) como uso cubano y suramericano coloquial en su acepción de ‘espinilla // parte anterior de la pierna’.

¹² Este uso era ya una metonimia.

¹³ La acepción ‘vereda por donde solo puede pasar una caballería con serón abierto’ se marca en el DRAE como cubanismo, uso reducido a vías de tránsito en el campo, de ahí el cambio de valoración.

Finalmente algunas han perdido su motivación y se han convertido en formantes de frases proverbiales, como: *arma blanca*, *cortapisa* (sin cortapisas), *chuzo* (aunque caigan chuzos de punta).

De esta relación se infiere que la reproducción de ciertos modos lingüísticos del *Quijote* puede convertirse en un ejercicio muy natural para ciertos escritores cubanos, que los deja unidos de algún modo a su circunstancia más inmediata.

Los que tomaré en consideración representan los dos extremos cronológicos en el periodo de los últimos 20 años: *La sexta isla*, de Daniel Chavarría, de 1984, novela que integra la de aventuras, la picaresca y la policiaca, con la pluralidad de escenarios y personajes que a esa mezcla conviene. La parte del relato ubicada en el siglo XVII, la confesión de Álvaro de Mendoza, será el objeto de nuestro acercamiento lingüístico. En cuanto a la estructura, al modo del *Quijote*, esta parte tiene unidad intrínseca, y puede ser contada y leída como una historia independiente; y al mismo tiempo se integra eficazmente al resto de la obra.

Al cielo sometidos,¹⁴ de Reynaldo González, publicada en 2001, es la obra más reciente. Paga su tributo a la picaresca, a Góngora y a otros grandes de los siglos de oro, cuando cuenta la vida de dos Antonios (de Ávila y de Extremadura), situados en el abigarrado mundo de los reyes católicos. Al igual que en *SI*, el papel de la lengua, como creadora de ambientes y situaciones, es inexcusable.

Las dos novelas tienen en común el recuento de las vidas de hombres (Álvaro, Antonio) sometidos a multitud de sucesos de diverso signo, en espacios y con personajes variados. Mientras *SI* se muestra heredera de Cervantes, *CS* confiesa su deuda más directa con un Francisco de Quevedo o un Mateo Alemán, por lo cual servirá a una confrontación más abarcadora.

Una primera y muy comentada característica del *Quijote*¹⁵ es que abunda en reflexiones metalingüísticas, apegadas al ideal de selección, discreción y naturalidad que encontramos en un Juan de Valdés o en una Teresa de Ávila. De este modo, son recurrentes las críticas a la afectación, la consideración del habla común como modelo, el peso regulador del uso, la importancia de los refranes como expresiones condensadas de sabiduría popular, y particularmente una voluntad

¹⁴ A partir de ahora, se indicarán los títulos de estas novelas con las iniciales *SI* y *CS*, respectivamente.

¹⁵ Me centraré en los rasgos más sobresalientes de la lengua del *Quijote*, tal como han sido descritos por Ángel Rosenblat (1971), Américo Castro (1972), Rafael Lapesa (1981), Antonio Quilis (1990), José Manuel Bleca, Guillermo Rojo, José Antonio Pascual, Margit Frenk, y Claudio Guillén (2004).

correctiva, aunque flexible, pues el papel de censor pasa de unos a otros personajes, y las correcciones muchas veces no se quedan sin réplica.¹⁶

En las novelas que nos ocupan, *SI*, dedicada al meollo de la historia de Álvaro, no se detiene mayormente a reflexionar sobre la lengua desde la perspectiva normativa. Sin embargo, algunas frases y comentarios nos permitirán formarnos una idea del o de los ideales lingüísticos de que se hace eco.

Prodiga frases latinas: “Deo volente” (132); algunas de mucha estirpe: “animum debes mutare, non caelum” (171), “nox humida caelo / praecipitat suadentque cadenita sidera somnos”¹⁷ (199) y hasta las justifica el personaje, de este modo, a lo sanchesco: “y perdone vuestra merced, que de cada en cuando cite mis latinicos, pues llevo algunos ha mucho prendidos en el alma” (199). La frase latina se considera apropiada para interlocutores cultos, y para “asearse el espíritu, escardarlo de sus bajezas y reconciliar con la belleza y con lo humano”. De aquí se colige, a pesar del diminutivo con el que se rebaja la capacidad lingüística del personaje, el valor de patrón de esta lengua.

Igualmente, se identifica el estrato social del hablante por sus modos lingüísticos: “cuya buena crianza y cortesano trato, echaban de verse a tiro de ballesta, así en lo bien razonado de su lenguaje, como en su natural grave...”, “decir verdades con palabras claras y significantes, que no admitían desmayo” (238); lo cual muestra otra vez el modelo del discreto cortesano y el ideal de la propiedad y la selección.

También hay algunas menciones a otras variantes sociolectales, bien tratándolas de modo general: el “hablar germanías de pícaros y gitanos” (206), “aljamiado” (268); explicando algún modismo particular: “enviarlo a gurapas, como declararíamos, en germanía, a las galeras” (330); o bien mencionándolas en tanto rasgo identitario: “y por que nadie tuviese barruntos de mi verdadera condición, di orden en hablar como un mozo rústico” (172).

Se mencionan, finalmente, variantes geolectales: “tono de lengua portuguesa, tan suave y cantarina” (299), “mal se me entendía el romance valenciano” (235), todo lo cual muestra, como en el *Quijote*, el arcoiris dialectal característico de la época, y del tipo de narración que se pretende.

¹⁶A este respecto véase, como resumen, Domínguez, 2005: 35-39.

¹⁷Véase que el texto tiene errores: *praecipitat* debería ser, y no con *d*; *cadenita* debe ser cambio de *cadentia*. Desconozco si esto se debe a error de imprenta, o es un recurso del autor para reflejar la falta de competencia de Álvaro de Mendoza en el latín que se precia de conocer.

En cuanto al léxico, *SI* muestra un trabajo muy fino y de colocación natural de numerosos vocablos de los que recoge el glosario del *Quijote*. Algunas son voces de la marinería, como *batel* (326), *ferro*, o *camaranchón* (317); otras regionales como *esquife* (306), o de la germanía como *coima* (336).

Se insertan voces que eran ya arcaísmos para el siglo XVI, como *añascar* (307), *do* (266), *contraseño* (234), *decantar(se)* (326), *prosupuesto* (327), *yantar* (326); italianismos como *sobremodo* (168), o eufemismos como *mujer del partido* (317).

La singularidad estilística resulta de incrustar vocablos desconocidos como *negujón* (316) o *sinabafas* (299); de incluir los conocidos en su sentido etimológico como es el caso de *arreo* (300), *ahorrar* (317), *chusma* o *camarada* (171); o de lograr, con series de palabras, recrear una época o tipo humano, como ocurre con las relativas al vestuario: *borceguíes*, *greguescos*, *jubón*, *montera* (166).

Igualmente son de gran interés y eficacia los numerosos fraseologismos que se incluyen en el texto: *darse cata* (149), *curarse de* (151), *a tiro de ballesta, al vivo* (153), *maguer que* (154), *echaban de ver* (238), *a paso tirado* (239), *alzar el entredicho* (329), *ponerse en cobro* (329), *cortar la cólera* (330), *dar cordelejo* (330), *de chapa* (333), la mayoría de los cuales se hallan en el texto cervantino, y cuando no, por su virtud de engarce, crean esa ilusión.

En cuanto al valor sustancial del nombre propio, característico del humor del *Quijote*, como se sabe, es rasgo que aparece mucho más discretamente en *SI*, donde hay que buscar mejor la adecuación al modelo por el regusto de los nombres epocales: Mencía, Álvaro, Gonzalo, Alonso, de modo que incluso los creados lo están en el mismo espíritu: Fuentearmejl. Quizás en alguno podría encontrarse un aliento del humor o caracterización cervantescos como en Pedro Sayago, un criado de Salamanca.

Las formas de tratamiento más frecuentes en el *Quijote*, como corresponde a su índole, son: *vuestra merced*, *caballero*, *Dios*, *señor(a)*. En *SI* no abundan las apelativas, salvo las presentes en las misivas, pues predominan los pasajes narrativos, pero la más frecuente de las que se hallan es la forma de respeto *vuestra merced*, apropiada para la relación de poder y no solidaridad, puesto que el interlocutor de Álvaro es el fraile Jerónimo de las Muñecas, de San Cristóbal de La Habana (118), letrado y conocedor de latines (199). Como formas referenciales sí se encuentran *caballero*, *mozo*, e incluso alguna con mucho sabor quijotesco como “señora absoluta de mi alma” (156).

Los estudiosos del *Quijote* coinciden en advertir en su prosa tanto sinonimia “acumulación de significaciones”, como repetición de palabras y grupos de palabras

“acumulación de significantes”,¹⁸ o series distributivas, por ejemplo, con nexo *allí* (455), recurso narrativo acaso enfático, acaso propio para la lectura en alta voz, y que marca varios momentos de la historia de la literatura española.

En *SI* el rasgo aparece discretamente, en expresiones tales como “mi honradez y buen juicio” (301), “pocas veces o nunca viene el bien puro y sencillo, sin ser acompañado o seguido de algún mal que le turbe o sobresalte” (433); “fementido y embustero” (304), que son casos de sinonimia contextual. Se encuentran, además, estructuras distributivas, como *ya ...porque* (301), u otro tipo de expresión hecha por repetición, tales como *luego, luego* (301), *al cabo, al cabo* (304), *de todo en todo* (305), de las cuales sólo la última se recoge en el glosario.

En la morfosintaxis, según los autores consultados, merece destacarse en el *Quijote* las polaridades, las simetrías, los pases del estilo indirecto al directo, las digresiones, los apóstrofes dirigidos a un personaje, al público, o al oyente; la presencia o ausencia de estructuras hiperbáticas, según el hablante; la abundancia y frecuencia de comparaciones, exclamaciones y preguntas retóricas. Todos se detienen en la importancia de las paremias en la obra, y Ángel Rosenblat (1971) en el tópico o lugar común y su estilización.

En *SI* este nivel de lengua también revela múltiples afinidades con el *Quijote*. Predomina el estilo indirecto, aunque con variantes en cuanto a la presencia o ausencia de nexo. Algunos rasgos se toman para estereotipar esta habla, tales como:

- La posposición o interposición de los clíticos:
SI: “suplicóle” (118), “llénanme” (131), “habíanse conjurado” (148), “desamparado me habían” (171) en excesos que llegan hasta “lo tal esme forzoso” (157).
- Igualmente, se reportan otros casos de inversión del orden:
SI: “hasta que ya estuviese yo” (155), “tomando derechamente de Madrid la vía” (170).
- Ablativo absoluto: con gerundio, o con participio; sin preposición o con ella:
SI: “siendo que allí los calvinistas”, “Pasado que hubo”; “en naciendo mi hermano Lope” (148).

¹⁸ Quilis, 1990: 210 y ss.

- Régimen arcaico de ciertos verbos o vocablos:
 sl: “propuso de seguir” (148), “había tenido de renunciar” (150), “de enviarme a España, junto de mi padre” (153), “dar orden en sepultar otro día al mancebo” (170).
- La ausencia de conector en otros:
 sl: “a causa () que vivía pared y medio de los Fuentearmejl” (167).
- El tratamiento antiguo de la reflexividad:
 sl: “los bajeles se partían” (153).
- Amalgama de vocablos, no característica para la época del *Quijote*:
 sl: “desta” (132), “amigos dél” (169).
- Acumulación de varios determinantes ante el sustantivo, rasgo arcaico y no extendido en esta época, que aparece en el *Quijote*, por lo tanto, en el habla de la caballería andante de la cual el personaje hace gala, y que le imitan, a veces por broma, otros personajes; acompañada, entonces, de otros rasgos igualmente arcaicos tales como la conservación de la *f* inicial, o formas temporales características:
 sl: “un su primo” (150), “el mi regreso” (156), “del mi amigo” (173).
- Polisíndeton, por ejemplo, en la expresión de las fechas, y en otras muchas partes que sería largo citar:
 sl: “a veinte y dos días del mes de junio de mil y seiscientos y veinte y ocho años” (118).
- Uso frecuente de la forma en *-ra* del pretérito de subjuntivo con valor de indicativo, según su etimología, donde hoy correspondería el pretérito o el antecopretérito; la frecuencia de este rasgo arcaizante parece mayor en *sl* de la que puede advertirse en el *Quijote*.
 sl: “la Divina Providencia, quien le escogiera para confesor” (131), “adonde lo llamara el duque de Alba” (148).

- Alta frecuencia de *-se*:
SI: “declaróme que mirase más a la buena fama” (155), “cambiase mis ropas de estudiante” (170).
- Comparaciones y contraposiciones:
SI: “con más adversa que próspera fortuna” (131).
- Partículas y locuciones arcaicas:
SI: “maguer” (154), “cabe” (118), “cada y cuando” (168).
- Empleo de haber por hacer y de ser por estar:
SI: “había ya muchos años” (155), “mi propósito, que había tiempo lo tenía fabricado” (172), “no era en mi mano hacer otra cosa” (170).
- Cláusulas de infinitivo completivas:
SI: “conoció ser yo el matador del caído” (170), “pensé yo ser bien ponerlo por obra” (171), “juzgué ser bien la partida” (172).

Se advierte en *SI* la repetición de vocablos y estructuras: “Pesábame por mi amada, y pesábame también por su anciano padre” (170), y pueden anotarse, aunque no tan frecuentes, algunas exclamaciones y apóstrofes: “¡Ah, cuán de un sutil cabello tenía colgadas mis esperanzas!” (172).

Tal como se comenta para el *Quijote*, se hace un uso relevante del modo morfológico de expresión del superlativo: *notadísimo* (149), *grandísimo* (166), *aprovechadísimo* (201), *regaladísimo* (207), *secretísimo* (233).

Sin embargo, no tienen presencia significativa en *SI* rasgos frecuentes del *Quijote* tales como la asimilación de consonante final por amalgama de clíticos: “la descortesía de no respondelles”,¹⁹ o la frecuencia de los casos de léismo: “ni nosotros ya le veíamos”.²⁰

En resumen, la textura de los pasajes, por sus vocablos añejos y su estructuración, trae aire de familia con los del *Quijote*; *SI*: “que zarpara por la derrota de Portugal” (274), “me alongué por el camino de Salamanca” (197).

En *CS*, por su parte, donde se advierte el mismo ambiente de historias y pícaros, menudean las menciones a las variedades lingüísticas, tanto diatópicas como

¹⁹ Cervantes, 1972: 434.

²⁰ Cervantes, 1972: 433.

diatráticas o diafásicas: para unos las tierras de América estaban “pobladas por tontos que no entendían lenguaje de cristianos” (11); otros nos presentan la mujer indígena de América cuando:

[...] repetía soniditos, quizás palabras en una lengua tierna, buena para borrar los desplantes de a bordo en castellano si los lanzaron los arrogantes jefes, en presuntuoso latín si vinieron del vizcaíno improvisado clérigo [...] O en italiano, o portugués, trabalenguas del almirante Colón, olvidado de los sonoros parlamentos de comedia con que se adornara en la Corte. (12)

De la reina Isabel se cuenta que “buscó tiempo para estudios de latín, imprescindibles si quería entenderse con los obispos” (158) y que “Se preocupó porque otras mujeres conocieran la lengua culta”. Esta referencia explícita, y el anotar algunas frases latinas, como “réquiem eternam” (261), o “vade retro” (312), indican el estatuto y las funciones que se asignan a esta lengua, y, por negación, a otras, como cuando un personaje caracteriza a los indígenas de “estos encueruzos y su jerigonza intraducible” (16).

Sin embargo, de los propios ejemplos se coligen vaivenes en la concepción de las lenguas, en dependencia del personaje que las evalúe, lo cual es el correlato lingüístico de una característica quijotesca: la multiplicidad de perspectivas.

Otro rasgo que va a caracterizar toda la obra de González se ejemplifica en el vocablo *encueruzos*: el bordar de manera natural, dentro de una supuesta reproducción de los modos lingüísticos del XVI, los más curiosos cubanismos²¹ léxicos, semánticos o fraseológicos: “soy atravesada” (32), “la vianda en el caldero” (40), “jodidos pero contentos” (115), “Algo se le pega” (120).

De gran interés es la presencia y la larga tirada que corresponde a la figura de Antonio de Nebrija. La aceptación amable del personaje se pone en boca de la reina Isabel: “Me agradó eso de servir al imperio desde la lengua” (174),²² y desde este enfoque, se lo emplea para desarrollar algunas ideas lingüísticas que se legitimarán por el prestigio de la figura, y que son una paráfrasis del prólogo de la *Gramática*:

Señora, la lengua será siempre la compañera del imperio, a ella se rendirán cuantos palpiten bajo la Corona, ya vizcaínos o navarros, ya moros, vasallos

²¹ Me refiero en este caso al sufijo *-uz*, de relativa productividad en adjetivos peyorativos en Cuba.

²² La estructura, sin embargo, con el demostrativo pospuesto, puede considerarse un cubanismo sintáctico. A esta interpretación contribuye la polisemia de la expresión: “servir al imperio desde la lengua”.

de allende los mares, enviados de reinos lejanos. El castellano será arma y lumbré de sus poetas y de la vida que expresan. Junto a la espada, la lengua sumará unidad y expolio, pues si la una ayuda a imponer la doctrina, la otra la extiende y la cuida de iniquidades [...] la lengua, llevada por autoridades que rigen los pasos del hombre en la tierra y le armonizan la comunión con Dios, calará el ánimo de muchos con la elocuencia de los poetas [...] Donde las armas conquistan, la lengua sustenta. (170-171)

Y es precisamente la voz de Nebrija la que propone, como Cervantes en el *Quijote*, la propiedad de la lengua vulgar, y la necesidad de su cultivo y normación, para cumplir funciones diferentes a aquella a la que está destinado el latín:²³ “De poco vale sacrificar el lenguaje del vulgo, sino elevarlo”, “Es obligación preservar la expresión eclesiástica para los ámbitos sacros” (171); “¿Qué sería del latín en labios de un carretonero, qué de la fe si no gana a vendedores de pescado, laneros y mozos de cuadra?” (172).

En esta novela el ambiente es más distendido, se mueve de lo escatológico al grotesco, pero no se desarticula nunca el afán evaluativo de las variedades lingüísticas, y su propiedad: “sonaba a imitación, como palabras de leguleyo en boca de tonto” (55).

Así, en dos líneas asistimos a la conciencia lingüística de un indígena, que percibe el habla extraña como “lenguajes parecidos a rezos”; la de un marinero común, a quien mortifican las sapiencias de “Luis de Torres”, “en hebreo, caldeo y arábigo”, y lo considera por tanto “conocedor de lenguas inútiles” y finalmente la de este señor humanista, quien evalúa a las personas por su competencia en la lengua latina: “Estos brutos desconocen lenguas cultas” (17).

El remedo lingüístico es, entonces, pancrónico en sí mismo, y nos presenta un Antonio con un tuteo: “te lo digo yo” (22) marcador de su condición y una deliciosa descripción de su habla, con aliento de Martí: “Las palabras le salían a borbotones porque los pensamientos se le precipitaban con más pujanza que la respiración”.

Con estos ejemplos vemos que otra de las singularidades de la lengua en *CS* radica en la intertextualidad, tejida de manera limpia y natural, sin que se le vean las costuras. Y así vamos, de consuno, desde la palabra sagrada: “Su obispo la negará, no digo tres veces, sino cien, antes de que cante el primer gallo” (276), hasta la visión del Gran Almirante o los cronistas de Indias; de estos, pasando por Manrique: “aviva el seso y despierta” (254); a “un cordobés más ríspido que un

²³ Reducido, como bajo latín, al oficio eclesiástico.

erizo” que cantaba su sapiencia: “ande yo caliente y ríase la gente” (41); “un tal Quevedo, narigudo y cegato y pícaro, con parla de cortesano y resabios de carretonero” (44); hasta engastar palabras que aparecen también en las otras novelas que nos ocupan, pero que aquí tienen un paladeo de Corín Tellado: “el impacto de una fuerza que le hubiera gustado domeñar” (181), o a otro personaje popular a quien “la llamaban Paloma, por los inesperados cucurrucucús lanzados al repasar costuras” (166).

En cuanto a la selección del léxico tipificador, se salpican, acá y allá, voces y frases de las recogidas en el glosario del *Quijote*: propias de la vida cotidiana: *chirimías* (219), *anascote* (240); del mercado: *blancas*, *el cornado de trueque* (224); evaluativas de los individuos: *predicamento* (237), *hidalgos* (13), *menesterosos* (17), *mostrenca* (260), *adamado* (181); las voces propias de la marinería y viajes, que no pueden faltar en estos relatos: *batel*, *carabelas* (22).

Los vocablos aparecen solos o se acumulan para la creación de ambientes: “rumbos, mareas, sotavento, babor, estribor, cartas de navegación” (22); “sus infantes, cuatrocientos jinetes, tres mil peones a la Suiza, espingarderos, artilleros, lanceros, ballesteros” (163-164).

Un rasgo de CS es la presencia frecuente de vocablos escatológicos y jergales, que dan un acusado tinte de marginalidad al relato: *rabos*, *cagaban* (10), *coño* (35).²⁴ Este modo de hacer representa una agudización de una tendencia que ya se encuentra en la obra cervantina.²⁵

Como ancla que une al renacimiento con el barroco, el *Quijote* exhibe juegos tanto con el concepto cuanto con la forma fónica de la palabra. Ello tiene algunas muestras en CS: “Señora, el Rey la corona dos veces, y no con diademas” (160).

Algunos nombres son sustanciales. Pueden serlo al modo humorístico de Cervantes, como el apodo de Vinagra o el propio de Abundio Centellar, el cura colérico y simoníaco que desata toda la historia. Asimismo aparecen otros que con sus apellidos crean la extrañeza del anacronismo: Aldonza Roig, o Elia Matheu. Pero sobre todo interesan aquellos que nos devuelven revitalizado el ambiente de la novela cervantina por la denominación de origen, por el epíteto que nos retrotrae a la épica, por el gentilicio recurrente, por la reinserción de algunos de los nombres

²⁴ En ocasiones de forma más eufemística, como el título de “el hidalgo de las dos cabezas”.

²⁵ *Quijote*: “—A otro perro con ese hueso —respondió el ventero—. ¡Como si yo no supiese cuántas son cinco, y adónde me aprieta el zapato! No piense vuestra merced darme papilla, porque por Dios que no soy nada blanco” (324-325). Para otros juegos de doble sentido relacionados con el sexo, véase la página 369.

del *Quijote* con valores simbólicos: Antonio el de Extremadura, Pablo de Santamaría, Aldonza Abuela, el abulense, Erasmo de Sanlúcar, Antonio el de Ávila, el de un dedo menos.

Particularmente eficiente y evocativo es el nombre recreado de los pastores de la égloga de Garcilaso, trasmutado aquí en la llave que conduce a los Antonios a las más tranquila vida de las Américas: “el despensero se llamaba Salicio Nemeroso de la Vega”²⁶ (335), y para que la referencia lingüística sea completa, se lo señala como distinto: “tenía mal acento, tal vez por estadias en otras latitudes, o porque no era castellano” (335). Otra referencia intertextual explícita en cuanto al nombre es la del Juan que abre *El camino de Santiago* de Carpentier, llamado aquí: Juan Tahúr (328), el que “ganó aquellos tambores a los naipes” (332); de modo que el cierre de esta obra da paso, a un tiempo, a lo bucólico y a lo real maravilloso. La mención a otros personajes —reales o ficticios— como Torquemada o Celestina, contribuye a dar veracidad a la historia. Finalmente, algunas denominaciones tienen valor antifrástico, como la de “las Niñas” para el conjunto de las mujeres de la mancebía.

Las formas de tratamiento apelativas, más variadas que en *SI* por la mayor presencia del diálogo, muestran un tuteo mayoritario, frente al carácter más restringido de esta forma de tratamiento en el *Quijote*, de modo que se observe el predominio de la relación entre iguales de condición inferior como ámbito de la novela: “Oye lo que te digo, Antonio el de Ávila” (23) y se reportan formas nominales como “Señor” (252), “doña” (217), “ama”, “usted” (218), “hermana”, “mujeres” (241), “señora” (228), “hija”, “padre” (230). Por el carácter dialógico se incrementan aquí, como se comprueba en los análisis de frecuencia del *Quijote*, los verbos de lengua: decir, sentenciar, quejarse, regañar, ironizar, susurrar, etcétera

En cuanto a las frases proverbiales y las paremias, se pueden recoger muestras de aliento quijotesco, pero acaso apócrifas algunas de ellas: “paciencia y barajar” (32), “venir a peor” (235), ser “del bronce” (205), “por Cristo”, “por Lucifer” (240), “Dios nos halle confesados” (257), “el mal francés” (40), “morbo gálico” (248);²⁷ “quemar en efígie” (108), “más papista que el Papa” (183); “meter la mar en pozo” (209), “ojos que la ven salir no la verán volver” (202), “Quien la

²⁶ Según la consideración de algunos autores, el nombre sería triplemente redundante, pues se considera que los dos nombres y el apellido aluden a Garcilaso, quien a su vez ya se habría autorreferido en el Nemoroso, según la etimología, de *nemus* ‘vega’. Véase la referencia en línea *cvc.cervantes.es*.

²⁷ ¿Diferencia de registro?

conozca que la compre” (212), “a fraile hueco, sogá verde y almendro seco” (229); “vale más un mal rato que un mal destino” (41), “la bestia sola bien se lame” (109), “donde las dan las toman” (256). De la larga relación de refranes, modificados algunos o con partes elididas, para acomodarlos a la naturalidad del habla, se concluye que *CS* comparte uno de los rasgos más comentados en la lengua del *Quijote*.

En cuanto a la estructuración morfosintáctica, no faltan los paralelismos y contraposiciones, con lujo de antónimos y juegos de palabras: “si mayor, tenía languidez de doncella, si doncella, arrastraba una tristeza de viuda” (264), “¿Una condenada que a su vez condenaba, una endemoniada que se permitía demonizar?” (310), “en el lecho las Niñas parecían cazadas pero los hacían presas” (44).

Por el animado manejo de un diálogo desenfadado, se juega con el estilo directo e indirecto en sus variantes: “Cómo libé y gocé, se dirían a la mañana siguiente”, “No llesves de una vez lo que la vida pondrá a tu alcance vez y media”, “—De curetajes quizás no sepa, pero lo de bruja no se lo regatea nadie— aseveró Antonio el de Ávila” (33).

Coda

Como hemos podido apreciar, la ficción lingüística no se resume a un mero hecho formal ni se queda en la superficie: cala las obras de parte a parte, hasta hacerse sustancia y personaje: las obras son, antes que otra cosa, la lengua en que hablan. Se trata de un proceso de apropiación, en el espíritu de un Andrés Bello, quien consagra en su *Gramática* escrita para americanos la condición de modelo lingüístico del *Quijote*.²⁸

Y ello es así tanto por el ejercicio mimético de la reproducción de las hablas, como por la permanente recurrencia a la reflexión, el comentario, e incluso las proposiciones preceptivas en relación con usos y variedades.

El juego de tiempos y espacios que de este modo se logra nos devuelve al ser humano universal, más allá de circunstanciales determinantes de época: sensual y noble a las veces, ambicioso o murmurador, amante y fraterno, violento o burlón, eterno buscador de la libertad, en una cadena de referencias que tiene su parentesco más cercano con el *Quijote*, pero que podría remitirse hasta al ser vapuleado por las circunstancias o el destino de la tragedia griega.

²⁸ Rojo, 2004:1128.

Los rasgos que se toman como representativos del *logos* quijotesco son, precisamente, aquellos que se han convertido en estereotipos: un léxico con sabor de vino añejado, perlas de fraseología caracterizadora, sazón de refranes oportunos, un nombre propio que a fuerza de sustantivo va extendiendo su campo.

Chavarría en *SI* realiza este ejercicio con la minuciosidad y la atención al detalle del mejor filólogo. Su ficción lingüística se maneja como por casa entre el epíteto, el ablativo absoluto, el clítico pospuesto o la cláusula de infinitivo.

González, en cambio, coge en el puño los rasgos bien sabidos, y los rocía, como la sal que le dará punto, sobre la obra.

SI no recrea todos los personajes del *Quijote*, sino que se centra más bien en uno de los estratos representados, y en su habla: el otrora estudiante, de buena casa de familia, venido a menos y trasmutado en pícaro en perpetuo proceso de redención, a quien los azares de la fortuna hacen caer una y otra vez. La obra está montada sobre la epístola y la narración, por lo que no se recogen todos los matices del diálogo quijotesco. Podría decirse que su fidelidad al texto de partida es asombrosa, pero no podemos dejar de percibir, velado por la ranciedad de la prosa, un regusto de ironía, como cuando Álvaro narra el momento en que le fue cortada la lengua: “En preguntándome con cuál me quedaba, díjele que con la vida, y esas tres palabras, que en inglés se declaran uiz mai laif, fueron las postreras que salieron de mis labios” (379).

En el ámbito histórico Chavarría recoge los antecedentes más inmediatos, y los enlaza con el *Quijote* y la picaresca.

González pretende un cuadro más general, por lo que no le preocupa tanto la exactitud: toma lo visible, y dibuja al tipo con apenas dos rasgos. Por eso aparecen todos: el estudiante, el señor, la ramera, el marinero, la bruja, el hereje, el pícaro. Este afán esencialista le permite venir desde Nebrija, pasar por Cervantes, seguir hacia Quevedo y Góngora, y desde allí hacia el barroco americano con Carpentier.

La lengua revela del mejor modo el fenómeno de la intertextualidad, que abraza como un todo a las tres novelas, tanto por la presencia patente de figuras y textos de diferentes tendencias y épocas —que son evaluados por narradores y personajes desde diferentes perspectivas, a veces contradictorias—; como por la nota implícita, que reclama mayor oficio de conocedor. Y este rasgo nos lleva a otra característica común de las obras: son posibles para diferentes públicos y grados de lectura.

Tanto en *SI* como en *CS* puede hablarse de anacronismos lingüísticos: tal sería la presencia recurrente de amalgamas en *SI*, y el tuteo abrumador en *CS*. Pero el

concepto de anacronismo no puede aquí ser tomado al pie de la letra, sino que habrá de ser apreciado en relación con la funcionalidad estilística de la ficción lingüística.

La utilidad del remedo del habla cervantina en Chavarría consiste en dar credibilidad al relato y las cartas enmarcadas, que a la larga justificarán la novela toda, el suspenso, el final del suceso policiaco, de modo que un rasgo menos parecido a la lengua de hoy será más eficiente para lograr este efecto, que conservar a ultranza los caracteres reales de la lengua del modelo. Por eso llegamos hasta formas más relajadas y contemporáneas como “había al pie de dos años” (303).

González pretende el ser humano, por eso le valen formas de todos los tiempos y lugares. Pero se le advierte el goce de la palabra: en las series paladeables: “Palpó los racimos de mamones, las brazadas de anonas y mameyes, frutos de olores tan nuevos como sus nombres, unos amarillos, otros rojizos, algunos guarnecidos por corazas que al abrirse entregaban una pulpa blanca” (354) y en las hablas que sin seguir las del *Quijote ad pedem litterae*, lo evocan con nuevas resonancias: “Si eres bueno en el yantar debes serlo en el regüeldo. Para menesteres de bacines tengo a quien sabe de ello, Aldonza Abuela, docta en el oficio” (120), de modo tal que si no son la verdad, contribuyen a la ilusión literaria muy cumplidamente.²⁹

De otro lado, el propio anacronismo o el panlectalismo abigarrado que sirve al mosaico, unen, otra vez, a las novelas en el empleo del humor y la ironía como instrumento descriptivo y valorativo de la realidad: tanto da si se las llama, como en el *Quijote* y en *SI* “mujeres del partido”, o como en *CS* “putas en verbena”: el tipo está, desde la noche de los tiempos.

SI y *CS*, novelas cubanas de los últimos 20 años, coinciden, por último, en suspender su línea del tiempo en Cuba. Chavarría, con un arte de prestidigitación, coloca en una de las islas de nuestro archipiélago el tesoro de Álvaro de Mendoza y aunque esta es la parte menos lograda del libro, sirve para poner junto al habla del XVI, la más sabrosa y popular de hoy.

González, por su parte, con su poder para la sugerencia, deja a su Antonio el de Ávila, con el epíteto acrecido: “mataperros de un dedo menos” (367), corriendo a todo dar para salvarse de ser esclavo en el bosque de la segunda isla que pisó Colón, “*bajo un sol diferente*” (366).

²⁹ El valor simbólico de las Aldonzas, que no Dulcineas, ameritaría un esfuerzo de desentrañamiento del que aquí estamos privados.

En el empeño de respondernos qué queda del ideal y de la realidad lingüística del *Quijote* en estas dos novelas cubanas tan distintas y tan iguales, habría que decir que vemos a sus autores moldear la lengua, como juega con las tuercas y arandelas el indio desconocido del cerro de las ranas: trasmutando en libro la lámina de metal, poniendo rodela al codo de tornillo, completando una imagen americana, a un tiempo propia y trascendente. El muerto del “tal Saavedra” goza de muy buena salud.

Obras citadas

- Aguirre, Mirta (1971), *La obra narrativa de Cervantes*, La Habana, Instituto cubano del libro.
- Blanco, Nilda, ed. (1980), *Visión cubana de Cervantes*, La Habana, Letras Cubanas.
- Blecua, José Manuel (2004), “El «Quijote» en la historia de la lengua española”, en Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, Madrid, Real Academia Española, pp. 1115-1122.
- Castro, Américo (1972), *El pensamiento de Cervantes*, Barcelona, Noguer.
- Cervantes, Miguel de (1972), *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, La Habana, Instituto Cubano del Libro.
- Chavarría, Daniel (1984), *La sexta isla*, La Habana, Arte y Literatura.
- Diccionario de la Real Academia Española* (2004), Madrid, Real Academia Española.
- Domínguez Hernández, Marlen Aurora (2005), “Cervantes, la lengua”, en *Honda*, núm. 13, pp. 53-39.
- Eguren, Gustavo (1982), *Aventuras de Gaspar Pérez de Muela Quieta*, La Habana, Unión.
- Frenk, Margit (2004), “Oralidad, escritura, lectura”, en Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, Madrid, Real Academia Española, pp. 1138-1144.
- Gayol Fernández, Manuel (1980), “Evocación cervantina y política del buen decir”, en Nilda Blanco (comp.), *Visión cubana de Cervantes*, La Habana, Letras Cubanas, pp. 253-266.

- González, Reynaldo (2001), *Al cielo sometidos*, La Habana, Unión.
- Guillén, Claudio (2004), “Cauces de la novela cervantina: perspectivas y diálogos”, en Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, Madrid, Real Academia Española, pp. 1145-1155.
- Lapesa, Rafael (1981), *Historia de la lengua española*, Madrid, Gredos.
- Martí, José (1975), *Obras completas*, vol. 15, La Habana, Instituto Cubano del Libro.
- Pascual, José Antonio (2004), “Los registros lingüísticos del «Quijote»: la distancia irónica de la realidad”, en Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, Madrid, Real Academia Española, pp. 1130-1138.
- Quilis, Antonio (1990), *Historia de la lengua española 1*, Madrid, Universidad Nacional de Educación a Distancia.
- Rojo, Guillermo (2004), “Cervantes como modelo lingüístico”, en Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, Madrid, Real Academia Española, pp. 1122-1130.
- Rosenblat, Ángel (1971), *La lengua del Quijote*, Madrid, Gredos.

D. R. © Marlén Aurora Domínguez Hernández, México, D. F., enero-junio, 2006.

RECEPCIÓN: Enero de 2006

ACEPTACIÓN: Mayo de 2006